



VOL: AÑO 11, NÚMERO 32

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 1996

TEMA: TEMAS Y PROBLEMAS DE LA INVESTIGACIÓN SOCIODEMOGRÁFICA:
ESTRATEGIAS DE SOBREVIVENCIA, CURSOS DE VIDA, HOGARES, FAMILIAS Y
REDES

TITULO: **Estrategias de subsistencia, estrategias de vida. Notas críticas**

AUTOR: *Oscar Cuéllar S.* [*]

SECCIÓN: Notas

TEXTO:

1. En la literatura sociodemográfica de los ochenta y los noventa, pueden contarse numerosos trabajos sobre las "estrategias de subsistencia", "estrategias de vida" de las familias o, más simplemente, "estrategias familiares", así como críticas al uso de esas expresiones o a lo que ellas suponen. Aquí nos referiremos a algunos de los problemas que se han planteado, con la idea de contribuir a la identificación de la clase de cuestiones teóricas y metodológicas que habría que enfrentar.

2. Primero, un poco de historia. El origen se encuentra en las "estrategias de supervivencia" (también, "estrategias objetivas de supervivencia familiar"), término empleado por Joaquín Duque y Ernesto Pastrana (1973) al estudiar los esfuerzos para llevar adelante la vida realizados por las familias de bajos ingresos de dos poblaciones pobres ("campamentos") de Santiago de Chile. Aunque no sin críticas, su éxito fue inmediato, incorporándose primero al lenguaje de las investigaciones realizadas por PROELCE, grupo de colaboración entre FLACSO y CELADE, que operó en Santiago entre 1972 y 1976 y después, al del Programa de Investigaciones Sociales sobre Población en América Latina, PISPAL, que amplió el contenido del concepto para incluir el estudio de los aspectos sociales vinculados con el comportamiento reproductivo.

La proliferación de trabajos en que se empleaba el término u otros equivalentes, llevó a PISPAL a organizar una reunión de expertos para discutir los aspectos teóricos y metodológicos involucrados, que dio lugar a un número especial de *Demografía y Economía* en 1981. En especial, Susana Torrado resumió las críticas que se habían hecho y reformuló la propuesta original. Indicó que "supervivencia" restringía el enfoque a los grupos sociales más desfavorecidos de la sociedad, que en los trabajos no se distinguía entre familia y hogares y no se consideraba ni el conflicto entre los miembros ni las "redes de relaciones" que vinculan al hogar con otros. Por otro lado, y más importante, observó que "estrategias" implica que "las unidades familiares se enfrentan a opciones de vida entre las cuales pueden elegir libremente", y que se deja en suspenso la cuestión de qué tanta consciencia y "grado de racionalidad o deliberación" podría atribuirse a los comportamientos "subsumidos en el concepto" (Torrado, 1981:2(6)). En su parte propositiva, sugirió cambiar la expresión por "estrategias familiares de vida" y la conveniencia de vincular explícitamente el enfoque con una perspectiva de clases que permitiera recuperar las "determinaciones sociales" estructurales, a la vez que dar fundamento a la idea de una "racionalidad objetiva" (con lo cual podría eliminarse un excesivo peso que podría atribuirse a la consciencia subjetiva de los individuos).

Ya en la segunda mitad de los ochenta, y en particular debido a la influencia del pensamiento de Chayanov, que ofrece una perspectiva de clara raigambre sociodemográfica para el estudio de las familias y los hogares, hubo más cambios. Muchos empezaron a hablar simplemente de "estrategias de subsistencia", término que se generalizó para referirse a las diversas formas en que los hogares de menores recursos hacen frente a los problemas de la reproducción cotidiana (mantener sus niveles de vida y de consumo o tratar de impedir su deterioro), en situaciones de crisis o de dificultades económicas generalizadas. Así entendido, el concepto en principio refiere a un conjunto relativamente bien delimitado de sectores sociales -los más pobres- y a conductas que podríamos llamar reactivas o defensivas. Por eso, algunos investigadores prefirieron hablar de "estrategias de vida", e insistieron en la necesidad de ampliar la mirada para incluir tanto a otros sectores sociales como también los comportamientos proactivos, integrando los aspectos demográficos, económicos y sociales en el análisis de la reproducción cotidiana y generacional (Cortés, 1990).

3. Lo que no cambió fue el nombre de "estrategias" ni la orientación más específicamente económica que se fue imponiendo. Esto, junto con el hecho de que las observaciones acerca de los supuestos racionalistas implicados no fueron nunca decisivamente refutadas, es lo que justifica la recurrencia y actualidad de la crítica. En su forma actual ésta dice: (a) que los supuestos implícitos en el enfoque de las estrategias acerca de la racionalidad del comportamiento carecen de justificación teórica y empírica en el caso de las familias pobres (Selby *et al.*, 1994; 1990); (b) más generalmente, que los estudios sobre estrategias familiares hipostasian una ficticia racionalidad económica en desmedro de otras "racionalidades" (por ej., Robichaux, 1992); o bien y no contradictorio (c) que, en todo caso, se deja en la oscuridad el papel de los sentimientos, los afectos y la cultura, es decir, de todo lo que no es "racional" en la vida de las familias, pero que es parte constitutiva de su existencia (Salles, 1992).

4. La crítica de Selby *et al.*, se dirige a los supuestos acerca de la racionalidad de los actores implícitos en el enfoque de las estrategias. Tomando como base el significado del término en la teoría de juegos y de la elección racional, se puede decir que una acción (una decisión) es racional si, dados ciertos fines del actor, éste puede optar entre cursos alternativos eligiendo aquéllos que, según la información a su alcance, resultan si no óptimos, cuando menos eficientes para el logro de los fines. Selby *et al.* cuestionan que para los grupos más pobres existan "opciones" y, con ello, que pueda haber elección. Las familias se verían "orilladas" a hacer lo que hacen. Por tanto, carecería de sentido hablar de "estrategias" o de acción racional en sentido riguroso. Esto ha llevado a Mercedes González de la Rocha a señalar que parecería que Selby y sus asociados sostienen que los (hogares) mexicanos no son racionales. Por supuesto, ellos jamás dijeron nada semejante: sólo han dicho que los criterios normales de la teoría de la elección racional no se pueden aplicar a la situación de las familias pobres de México. Que obligadas por la necesidad, careciendo de información y de recursos, éstas no eligen realmente, sino que hacen lo que pueden para sobrevivir, con la excepción de las decisiones de migrar a los Estados Unidos (aquí habría deliberación, cálculo de costos y beneficios y planeación).

El segundo tipo de críticas rechaza de manera más general la idea de que los individuos (y las familias) actúen de acuerdo con el conjunto de supuestos del modelo de la elección racional. En breve, sostienen que hablar de estrategias implica que las familias determinan conscientemente qué fines de entre una gama de varios posibles han de buscarse, y que planean deliberada y racionalmente las acciones que deben realizarse para su logro considerando un lapso más o menos prolongado de tiempo. Pero ni los fines ni los medios son necesariamente objeto de representación y deliberación conscientes por parte de los actores, ni las acciones que realizan, una aplicación consistente de una planeación a largo plazo. Más bien, lo que sucede es que los individuos y las familias

viven de maneras que resultan normales, conocidas o incluso "naturales", dadas su cultura, su experiencia, las características del medio y sus recursos, y actúan según las necesidades, problemas o desafíos que enfrentan o se plantean a medida que transcurre la existencia, siguiendo las orientaciones de esa normalidad.

Como diría Bourdieu (y simultánea e independientemente, Liebenstein, al discutir la pertinencia de la aplicación de la teoría del consumidor al análisis de la fecundidad), los individuos actúan de acuerdo a pautas o esquemas de acción que han sido validados por la experiencia y que pasan a convertirse en parte de la cultura, del habitus o del repertorio de posibilidades que conforman la memoria y el imaginario de un grupo o sector social. Desde este punto de vista, hablar de estrategias en el mejor de los casos no es más que una forma de decir y en el peor, de hipostasiar el rol de la racionalidad, imaginando algo que no se encuentra en la realidad. Sería más adecuado referirse a habitus, a pautas culturales o a formas relativamente estables de adaptación, variables según los contextos y culturas, lo que ciertamente no exime de la obligación de estudiar la manera como en realidad la gente decide y actúa.

Estas críticas comparten con la tercera, la idea de que el enfoque de las estrategias deja de lado a las personas, sus individualidades y sus conflictos, para privilegiar al colectivo; ese enfoque olvida, en suma, lo que constituye a las familias como "unidad de vida", como complejidad y diversidad, para centrarse en una entidad supuestamente homogénea (una "institución", un "sistema", una "totalidad") de la que resulta sólo relevante el perfil global y no las partes que la constituyen.

Otras observaciones derivan de éstas: (d) al interesarse en los colectivos corresidentes, olvidando a los individuos y la complejidad de sus relaciones, se tiende a eliminar el estudio del conflicto intrafamiliar, en particular de género y generacional, y a suponer que en las familias prima el consenso (González de la Rocha *et al.*, 1986); (e) asimismo, se tiende a perder de vista la importancia de las relaciones con el entorno, que suelen ser decisivas para entender las actividades de sus miembros y la manera como cada familia llega incluso a definir un perfil cultural propio (Salles, 1992); o, menos frecuentemente señalado, para entender los cursos de vida de sus miembros (Ojeda, 1992). Con ello, finalmente se acabaría reproduciendo uno de los principales fallos que trató de superar el enfoque de las estrategias, a saber, la tendencia a ver a los actores (ayer, los individuos, hoy, los hogares) como mónadas autosuficientes y aisladas de su medio, o como manteniendo una relación de armonía preestablecida con éste.

5. Poca duda cabe de la pertinencia general de estas críticas. Reducidas a su núcleo, ellas cuestionan tanto la idea de que es válido hablar de los colectivos en lugar de los individuos, como el supuesto de que los colectivos puedan ser tratados como si fuesen individuos, y éstos, como si se disolvieran en aquéllos. Primero, porque hay diferencias de niveles de análisis que deben reconocerse; segundo, porque lo que se puede decir de un nivel no necesariamente anula lo que se pueda decir del otro (de su actividad, importancia y autonomía); tercero, porque de la interacción entre los elementos o atributos de cada nivel suele surgir algo distinto de lo que resulta al considerar a cada uno por separado o anulando al otro, o haciendo abstracción de él. Por fin, porque si el conjunto y sus partes se ven influidos por el entorno, también éste puede ser influido por ellos, resultando cambios a lo largo del tiempo que son producto de esta misma interacción y que deben incluirse en el análisis (Przeworsky, 1982).

De lo expuesto, parece evidente que un problema central de los enfoques sobre estrategias radica en el significado que se le atribuye a "racionalidad" y a las condiciones en que es válido imputarlo al comportamiento de un colectivo (aquí no distinguiré entre

hogar y familia). En lo que resta de esta nota quiero referirme a la manera como se concibe al hogar en cuanto colectivo y a cómo se supone que decide y actúa.

6. Conviene recordar que lo específico del enfoque de los hogares y sus "estrategias" fue el esfuerzo por evitar tanto las generalidades y determinismos mecanicistas asociados con las visiones más estructuralistas de la sociedad, como el empirismo, la indeterminación y la ingenuidad de sus opuestas, es decir, de las que conciben a la sociedad como mera agregación, o como resultado no mediado de los individuos y sus acciones. Partiendo del hecho obvio de que los individuos siempre viven en relación con otros, y de que esto no puede excluirse de la mirada sociológica, sus iniciadores plantearon considerar a la familia (o al hogar) -y no a los individuos-, como la unidad de análisis relevante para el estudio de la reproducción social y cotidiana (sobre esto, en especial García, Muñoz y de Oliveira, 1982).

Esto presentaba varios problemas, teóricos y metodológicos. Se trataba de estudiar un objeto constituido centralmente por relaciones entre individuos (y no, o no sólo, por los atributos de éstos), objeto que tiene algunas características propias de un grupo, de una institución o de un sistema, y que plantea la cuestión de cómo han de concebirse las vinculaciones entre los elementos componentes y el todo que constituyen. Desde el punto de vista metodológico, había dificultades debidas a que los instrumentos de recolección de datos y las teorías disponibles habían sido pensados prioritariamente para individuos y atributos individuales. Tal vez lo más importante, fue el peso de las inercias conceptuales de que ineludiblemente se partía. Estos problemas se expresaron en dos supuestos operativos vinculados: que las familias son, si no idénticas, cuando menos equivalentes a los hogares, y que tienen una estructura "natural", bien representada por la idea de que siempre hay un jefe y que su concepto es obvio (menos frecuentemente, que el jefe es el padre o el varón de más edad en el grupo coresidencial).

7. El supuesto de que todo grupo (familia, hogar) tiene naturalmente un jefe, y que este término es de tal manera obvio en su significado que no requiere análisis ni discusión, es crucial. Este supuesto resulta importantísimo para establecer la composición de parentesco del grupo coresidente, al punto que las tipologías en uso toman como criterio el parentesco de cada miembro con el jefe. Algo semejante ocurre con otras propiedades del colectivo (suele usarse la edad del jefe para establecer la fase del ciclo familiar, y su ocupación como indicador del status social del hogar).

Así, la jefatura viene a ser concebida como síntesis del grupo, como la cabeza del cuerpo que conforma el colectivo, lo que implica suponer que la estructura de autoridad de la familia está dada de la misma manera que la coordinación motriz en el cuerpo humano. Dramatizando, se puede decir que las familias llegan a ser vistas casi como funciones (en otro lenguaje, más teológico, "emanaciones") de la jefatura. Con ello no sólo se pasa por alto la complejidad de la composición del grupo coresidente, sino que se llega hasta a atribuir como rasgo definitorio de la identidad y unidad del colectivo lo que es, propiamente, una propiedad o atributo de un individuo (el jefe). [1] Simultáneamente, esto implica atribuir a los individuos miembros una propiedad del colectivo que no es más que una ficción.

8. Todo estudio de colectivos (instituciones, sistemas, grupos) tiene que enfrentar, primero, el problema de qué ha de considerar como acción del grupo y luego -y en la medida en que acción supone deliberación y cálculo, además de fines y medios- de qué ha de entenderse por decisión colectiva. En muchos estudios de estrategias se encuentra una solución simple: las decisiones del jefe cuentan como decisiones del grupo, y las acciones de los miembros como acciones del colectivo. Así, se consolidan los otros implícitos: (a) que puede analizarse a la familia como si fuese una unidad de decisión y de

acción, en particular, como a un individuo. Y, en consecuencia (b), que puede tratársela de manera similar a como tradicionalmente la sociología ha tratado a los individuos, es decir, o bien como entes racionales o bien (no contradictorio con el concepto de racionalidad de la teoría de la elección racional) como representantes de intereses típicos.

Pese a que los trabajos sobre estrategias nunca discutieron seriamente el significado de "racionalidad", contentándose generalmente con elaboraciones de sentido común, la aplicación de modelos de comportamiento racional parece obvia. Ya señalamos que el concepto de acción racional supone fines, medios o cursos alternativos, y adecuación entre ellos. En la visión más simple, los fines se suponen dados, y bajo los supuestos de que se tiene plena información pertinente y que las preferencias de los actores son transitivas, el asunto se reduce a evaluar el grado en que los medios elegidos conducen al logro de los fines. Pero en una visión algo más elaborada y menos normativa, cabe preguntarse cuáles son los fines que pueden perseguirse, cuáles son los medios y cursos disponibles, incluyendo aquí la información a la que se puede acceder, y cuáles los criterios de "adecuación" entre fines y medios que pueden emplearse. [2] Desde esta perspectiva, resulta sumamente difícil hablar de un único criterio de racionalidad. Entonces, o se indaga sobre los fines y cómo se determinan y cambian a lo largo del tiempo, afectando la evaluación de los medios (por ejemplo, en función de la experiencia y el conocimiento que se adquiere), o se da por supuesto cuáles deben ser aquéllos (punto de vista del observador). Cuando no se tienen datos longitudinales y no se ha elaborado críticamente el concepto de racionalidad, lo usual es que domine el punto de vista del observador.

Aquí es que juegan los antecedentes del concepto de estrategias familiares. Si se analiza el comportamiento de las familias suponiendo que lo que ellas priorizan (deben perseguir, según la lógica del observador) es la sobrevivencia, entonces toda acción de sus miembros, incluyendo aquellas dirigidas a otros fines y en busca de otros propósitos, cuyos resultados no aparezcan como obviamente contradictorios con los fines que el observador imputa al colectivo, tiende a verse, primero, como del colectivo; y luego, como racional -tiende a considerársela como si hubiese sido concebida para el servicio de esos fines-. Olvidando los procesos, se llega naturalmente a suponer que hubo consciencia y deliberación donde sólo ha habido hábitos, costumbres, esquemas tipificados de conducta, productos de procesos no deliberados de ensayo y error o, peor aún, puro azar (Cortés y Cuéllar, 1990).

En síntesis, en muchos estudios de estrategias se llega a construir una ficción, un colectivo que acaba siendo representado en la idea de la jefatura, con prescindencia de los atributos de los demás miembros y de sus relaciones. La idea de que toda acción de los miembros es acción del grupo siempre y cuando resulte -ex post- "objetivamente adecuada" a los fines que el observador le imputa a la familia (al jefe), completa la ficción. Parodiando a Hobbes, se construye un "hombre artificial" al que se le atribuye racionalidad, voluntad y acción homogéneas.

Como es obvio, esta crítica no debe entenderse como un completo rechazo al enfoque de "estrategias". Es evidente que en algunos casos su uso es perfectamente legítimo. Y aunque en otros no se indaguen los procesos involucrados o no se tenga acceso a su conocimiento, puede tener sentido como descripción de productos de secuencias de acciones no necesariamente orientadas desde el inicio a los resultados "objetivos". Pero siempre y cuando se tenga cuidado de aclarar que las explicaciones que se ofrecen son hipótesis, y que se muestre su consistencia con los datos y con lo que se conoce del contexto. Aun en este caso, se plantea la cuestión del concepto y status de la "racionalidad objetiva", "sistémica", que no cabe tratar aquí (hay algunas indicaciones en

Cuéllar, 1991), Y que no era ajeno a las preocupaciones de Duque y Pastrana cuando hablaron de estrategias "objetivas" de supervivencia familiar.

NOTAS:

[*] Profesor-investigador del Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco.

[1] Algo de esto fue señalado en una discusión sobre la manera de conceptualizar a los hogares campesinos: "... el supuesto de que las características del jefe (uno de los individuos que conforman el colectivo) son aplicables a la familia implica un doble salto mortal: por un lado se supone que la teorización no pierde validez al cambiar los referentes de los conceptos -que da lo mismo trabajar con individuos o con familias-; y, por otro, que las propiedades del colectivo son ni más ni menos que las del jefe de la unidad. Por lo tanto, quedan fuera de toda explicación conceptual las propiedades del colectivo que le son propias y que derivan por ejemplo, de las propiedades de los otros miembros de la unidad familiar o bien de sus relaciones" (Cortés y Cuéllar. 1990a:80).

[2] Nótese que mientras que desde el primer punto de vista hablar de "opciones" es referirse a los medios, aquí resulta en ambigüedad, pues tanto puede optarse entre fines como entre medios.

BIBLIOGRAFÍA:

Cortés, Fernando (1990), "La importancia analítica del ámbito doméstico", en de la Peña, G., J. M. Durán, A. Escobar, J. García de Alba, comps., *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana de México*, Universidad de Guadalajara-CIESAS, Guadalajara (págs. 415-418).

Cortés, Fernando y Oscar Cuéllar (1990) "La relación población-desarrollo en Chayanov: una perspectiva desde la empresa familiar", en F. Cortés y O. Cuéllar, coords., *Crisis y reproducción social. Los comerciantes del sector informal*, FLACSO-M. Ángel Porrúa, México (págs. 93-124).

----- (1990a) "Una discusión teórica del concepto de campesino: de los individuos a las relaciones", en F. Cortés y O. Cuéllar, coords., *Crisis y reproducción social. Los comerciantes del sector informal*, FLACSO-M. Ángel Porrúa, México (págs. 55-91).

Cuéllar, Oscar (1991), "Medios de vida, fecundidad y reproducción social de los campesinos, tres enfoques", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 6, núm. 3, septiembre-diciembre (págs. 521-543).

Duque, Joaquín y Ernesto Pastrana (1973), "Las estrategias de supervivencia económica de las unidades familiares del sector popular urbano: una investigación exploratoria", Programa ELAS/CELADE, Santiago, Chile (mimeografiado).

García, Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira (1982), *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*, El Colegio de México-Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.

González de la Rocha, Mercedes, Agustín Escobar y María de la O Martínez (1990), "Estrategias versus conflicto. Reflexiones para el grupo doméstico en época de crisis", en de la Peña, G., J. M. Durán, A. Escobar, J. García de Alba, comps., *op. cit.* (págs. 351-367)

Ojeda, Norma (1992), *El curso de vida familiar de las mujeres mexicanas: un análisis sociodemográfico*, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Universidad Nacional Autónoma, México.

Przeworsky, Adam (1982), "Teoría sociológica y el estudio de la población: reflexiones teórico-metodológicas sobre el trabajo de la comisión de población y desarrollo de CLACSO", en VV. AA., *Reflexiones teórico-metodológicas sobre investigaciones en población*, El Colegio de México-Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, México.

Robichaux, David L. (1992), "Determinants of a 20th-Century Population Explosion in the Malinche Region of Tlaxcala, Mexico", en *Medical Anthropology Quarterly*, New Series, vol. 6, núm. 3.

Salles, Vania (1992), "Las familias, las culturas, las identidades", en José Manuel Valenzuela Arce, comp., *Decadencia y auge de las identidades*, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana (págs. 163-190).

Selby, H. A., A. D. Murphy, S. A. Lorenzen, I. Cabrera, A. Castañeda, I. Ruiz (1994), *La familia en el México urbano. Mecanismos de defensa frente a la crisis (1978-1992)*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

Selby, H. A., Stephen A. Lorenzen, Arhtur D. Murphy, Earl Morris y Mary Winter (1990), "La familia urbana mexicana frente a la crisis", en de la Peña, G., J. M. Durán, A. Escobar, J. García de Alha, comps., *op. cit.* (págs. 369-388).

Torrado, Susana (1981), "Sobre los conceptos 'estrategias familiares de vida' y 'proceso de reproducción de la fuerza de trabajo'. Notas teórico-metodológicas", en *Demografía y Economía*, vol. XV, núm. 2 (46), págs. 204-233.